La ventana de Chygrynsky
(Comedias zurdas 4)

José Ramón Fernández

https://doi.org/10.32621/acotaciones.2018.40.07
ISSN 2444-3948

Copyright: © 2018. Este es un artículo abierto distribuido bajo los términos de una licencia de uso y distribución Creative Commons 4.0 Internacional (CC BY 4.0)

Ficha Técnica

La ventana de Chygrynsky se estrenó en la Sala Cuarta Pared de Madrid el 7 de enero de 2011 con el siguiente equipo:

Director: Luis Bermejo
Reparto: Miguel Barderas, Nuria Benet, Beatrice Binotti, Luis Crespo y Eugenio Gómez
Músicos: Nando Lago, Tozo y Jorge Vistel
Escenografía y vestuario: Mónica Boromello
Iluminación: Víctor Cadenas
Composición musical: Nando Lago
Jefe de Producción: Luis Crespo

Imagen 1. Elenco de La ventana de Chygrynsky en el saludo final.
Foto: Daniel Alonso / Archivo CDT.

Dramatis personae
DIMA CHYGRYNSKY, defensa central que sonríe
CARLOS, presidente de la comunidad y suicida improbable
ANDRÉS, soñador inquieto y nómada a su pesar
MARÍA JESÚS, traductora solitaria que sabe lo que estás pensando
CONCHÍN, vendedora de colchones que vive en el sótano
ROSENDO, hombre de pocas palabras
EL MONSTRUO del que te olvidaste

Nota. En el texto, el diálogo en letra cursiva es en idioma ucraniano.

Escena 1. La ventana

Carlos, el presi, admira el piso de Dimitri Chygrynsky como si fuera un museo. Tiene calor. Se quita la chaqueta. Suda. Chygrynsky siempre sonríe. Tiene cara de buena persona.

Carlos..– Se nos olvida de un año para otro. Pero en estas fechas no baja de treinta grados nunca. Cuando llega el final de octubre, no falla. En la calle hace calor, pero ya se puede estar, si se va por la sombra. No es lo mismo que en verano. Lo llaman el sol del membrillo.

Silencio. Chygrynsky sonríe. Tiene una sonrisa franca.

Carlos..– Es muy bonito el piso. Con el techo alto y las vigas de madera.

Chygrynsky.– Vigas.
Carlos..– Sí. ¿Ya estaban?
Chygrynsky.– Vigas. Sí.
Carlos..– Y tantos libros.
Chygrynsky..– Libros.
Carlos..– Muchos. No pensaba...
Chygrynsky.– Dima gusta libros. Máster en artes. Academia de Shaktar.

Silencio.

Carlos..– La verdad es que este calor no es normal.

Chygrynsky.– Calor. Playa. ¿Gusta playa?
Carlos.– Sí, claro. ¿En Ukrania hay playas?
Chygrynsky.– ¿Ukrania? *(Habla en ucraniano.) ¿Conoces Ukrania? Yo soy de Iziaslav, en el norte. Tenemos un río. No tenemos mar.*
Carlos.– No, si yo de ukranio... Vamos, yo de Ukrania nada de nada. Pero nada.
Chygrynsky.– Tú sí Ukrania.
Carlos.– Qué va. Ni idea. No sé nada, pero nada, de Ukrania.

CHYGRYNSKY.– Sí sabes.
CARLOS.– No.
CHYGRYNSKY.– Sí. Chernobil.
CARLOS.– Hostias.
CHYGRYNSKY.– Sí. Hostias.
CARLOS.– *(Suena un timbre.)* A ver si es el traductor, porque si no esto va a ser muy difícil, majo.

Entra la traductora.

MARÍA JESÚS.– Buenos días. Me envía la agencia. Soy la traductora.

CHYGRYNSKY.– Buenos días. Dimitro Anatoliovich CHYGRYNSKY. Dima.
MARÍA JESÚS.– *Encantada. (A CARLOS.)* Usted es el denunciante.
CARLOS.– No, no. Yo soy el presidente de la comunidad de vecinos. Es que a quien han denunciado es a la comunidad. Los denunciantes no han venido. En todo caso, vendrá un abogado.
MARÍA JESÚS.– Pues dígame usted.
CARLOS.– ¿Cómo...?
MARÍA JESÚS.– Usted habla y yo lo traduzco.
CARLOS.– Ah. Claro. *(Se dirige a CHYGRYNSKY.)* Hola.
MARÍA JESÚS.– *Hola. Es un saludo.*
CHYGRYNSKY.– *Hola. Dimitro Anatoliovich CHYGRYNSKY. Dima.*
CARLOS.– Soy el presidente de la comunidad.
MARÍA JESÚS.– *Es el presidente de la comunidad.*

Se pone firme, le da la mano con una inclinación de cabeza.

CARLOS.– No, no. Explíquele que es sólo de la comunidad de vecinos.

MARÍA JESÚS.– *Sólo es el presidente de la comunidad de vecinos.*

Le da dos besos.

CARLOS.– Bueno. El caso es que nos han denunciado. Unos vecinos de la casa de enfrente. Por abrir esa ventana en la pared.

MARÍA JESÚS.– *Los han denunciado unos vecinos de la casa de enfrente. Por abrir esa ventana en la pared.*
CHYGRYNSKY.– ¿Ventana?
CARLOS.– Sí, esa ventana. Es ilegal.
CHYGRYNSKY.– *No entiendo.*
MARÍA JESÚS.– *Los han denunciado unos vecinos de la casa de enfrente. Por abrir esa ventana en la pared*
CHYGRYNSKY.– *No entiendo. No entiendo por qué.*
CARLOS.– ¿Qué dice?
MARÍA JESÚS.– Que no lo entiende. Creí que se refería a la traducción. Que no entiende por qué.
CARLOS.– Son las ordenanzas municipales.
MARÍA JESÚS.– *Son las ordenanzas municipales.*
CHYGRYNSKY.– *Pero hay otras ventanas.*
MARÍA JESÚS.– Dice que hay otras ventanas como la suya.
CARLOS.– Sí, pero los demás vecinos no son estrellas del fútbol.
MARÍA JESÚS.– ¿Es una estrella del fútbol?
CARLOS.– Claro. ¿No lo conoce?
MARÍA JESÚS.– Yo es que el fútbol...
CARLOS.– Pues es una estrella.
CHYGRYNSKY.– Fútbol. Guardiola.
MARÍA JESÚS.– Ya. *Dice que esto tiene que ver con que usted es una estrella del fútbol.*
CHYGRYNSKY.– *No entiendo.*
MARÍA JESÚS.– *Que usted es una estrella del fútbol y los demás vecinos no son estrellas del fútbol...* Que dice que no entiende. Y yo tampoco.
CARLOS.– Es que me parece que lo que quieren los vecinos es llegar a un acuerdo de dinero. Como saben que es una estrella...
MARÍA JESÚS.– ¿Y cuál es la propuesta?
CARLOS.– Una compensación económica o lo denuncian por no cumplir las ordenanzas municipales.
MARÍA JESÚS.– Eso es un chantaje.
CARLOS.– Con todas las letras.
MARÍA JESÚS.– *Lo que quieren es dinero.*
CHYGRYNSKY.– *No puedo cerrar la ventana. Desde esa ventana veo la casa de mi madre.*
MARÍA JESÚS.– *¿Su madre vive ahí enfrente?*
CARLOS.– ¿Qué dice?

María Jesús.– Que desde la ventana ve la casa de su madre.
Carlos.– No me diga que vive enfrente.
Chygrynsky.– *Mi madre, en Ukrania.*
María Jesús.– Que no, que su madre está en Ukrania.
Chygrynsky.– *La veo cuando sale a barrer la nieve de la puerta de su casa.*
María Jesús.– Dice que la ve cuando sale a barrer la nieve de la puerta de su casa.
Chygrynsky.– *Cuando abre la puerta de atrás, la de la cocina.*
María Jesús.– Cuando abre la puerta de atrás, la de la cocina.
Chygrynsky.– *Necesito esta ventana para mirar por ella a las tres de la tarde.*
María Jesús.– Dice que necesita esta ventana para mirar por ella a las tres de la tarde.
Chygrynsky.– *Sólo a las tres de la tarde.*
María Jesús.– Sólo a las tres de la tarde.
Chygrynsky.– *Las tres de la tarde son las 4 en Ukrania.*
María Jesús.– Es que a las tres de la tarde son las 4 en Ukrania.
Chygrynsky.– *A esa hora, mi madre mira por la ventana.*
María Jesús.– A esa hora, su madre mira por la ventana.
Chygrynsky.– *Si miro por esta ventana a las tres de la tarde puedo ver Ukrania.*
María Jesús.– Dice que si mira por esta ventana a las tres de la tarde puede ver Ukrania.

Silencio.

Carlos.– La leche.

Silencio.

Carlos.– Pobre chaval. Eso sí que es tener morriña.

María Jesús.– Ya ve.
Carlos.– Es una putada hacerle cerrar la ventana.
María Jesús.– Sí.
Carlos.– No sé. Trataré de hablar con los de la denuncia. Dígale que hablaré con ellos y que le vuelvo a llamar.
María Jesús.– *Tratará de explicárselo a los denunciantes y nos llamará de nuevo.*

CARLOS.– Qué calor, ¿verdad? Se nos olvida de un año para otro. Pero en estas fechas no baja de treinta grados nunca. El sol del membrillo, lo llaman.
MARÍA JESÚS.– Si usted lo dice...
CARLOS.– Bueno, yo me voy ya.
MARÍA JESÚS.– Le acompaño. *Adiós.*

CHYGRYNSKY le da la mano.

CARLOS.– Adiós majo.

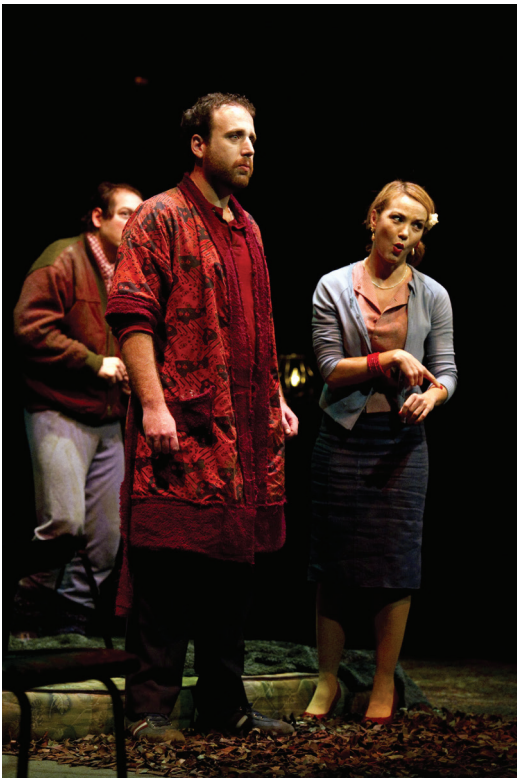

Imagen 2. Miguel Barderas y Nuria Benet en una escena de *La ventana de Chygrynsky*. Foto: Daniel Alonso / Archivo CDT.

Chygrynsky le da dos besos. Se han ido. Chygrynsky, solo. Mira su reloj. Espera. Suena la alarma del reloj. Abre la ventana. Mira por la ventana. Empieza a nevar.

Chygrynsky.– *Madre.*

Suena una música evocadora. Yo, no sé por qué, oigo Serenade de Shubert. Aunque hay bellas canciones ukranias que pueden servir.

Escena 2. El dormitorio

Andrés está tumbado en el colchón. Ensaya diferentes posturas. Conchín lo observa. Andrés le invita a que pruebe. Finalmente se decide y se tumba. Probarán posturas, se levantarán, se sentarán…

Conchín.– El liocell del cutí permite que el aire fluya libremente a través del colchón, eliminando la humedad, lo que garantiza un entorno propicio para el descanso al mantenerse una temperatura corporal uniforme.

Andrés.– ¿Qué es el liocell?
Conchín.– Es una celulosa especial; este liocell es exclusivo de nuestra marca. Aquí seguramente la humedad no parece un problema importante, pero si vivieras en un sótano...
Andrés.– ¿Y el cutí? Perdona mi ignorancia...
Conchín.– Es la tela del colchón. Antiguamente se hacía con mantas. Bueno, algunas veces. De hecho, todavía hay colchones así...
Andrés.– *Parece que va a preguntar otra cosa, pero no.* No, nada, sigue, sigue.
Conchín.– Los muelles embolsados proporcionan un apoyo que sigue el contorno del cuerpo. La capa de 4,5 centímetros de grosor, fíjate, 4,5 centímetros de espuma viscoelástica del colchoncillo integrado, se adapta exactamente al contorno del cuerpo, optimizando el riego sanguíneo y proporcionando un descanso más completo. Las cinco zonas de confort reducen la tensión en hombros y cadera.
Andrés..– Te lo sabes muy bien.
Conchín.– Bueno, ya sabes. Es mi trabajo, y todo eso.
Andrés..– Ya claro. ¿Lo puedo tener a prueba?
Conchín.– Sí; bueno, claro, quince días.

ANDRÉS.– Necesito más tiempo.

CONCHÍN.– ¿Más tiempo?

ANDRÉS.– Sí. Es que no puedo controlarlo. Necesito tenerlo a prueba hasta estar convencido de que es estable.

CONCHÍN.– Perdona, no entiendo qué quieres decir con estable. Si te refieres al efecto memoria o a la recuperación de los muelles...

ANDRÉS.– Me refiero a la casa. A dónde se despierta uno.

CONCHÍN.– ¿Cómo que dónde...?

ANDRÉS.– Sí. Dónde. Dónde. Está claro, ¿no? Uno compra un colchón con la intención de dormirse tranquilamente y sobre todo de despertarse tranquilamente. Es lo menos.

CONCHÍN.– Bueno. El colchón te asegura tu descanso. Pero también dependerá del camión de la basura, de los vecinos. Pero vamos, por lo que respecta al colchón...

ANDRÉS.– ¿Lo ves? Ya estás escurriendo el bulto. Pues no. Lo de los vecinos y lo del camión de la basura no tiene que ver. Es el colchón. Tiene que ser el colchón. Es que no te haces idea del trastorno que supone. ¿Tú usas esta marca?

CONCHÍN.– Sí. De verdad. No es estrategia de ventas. Bueno, no este modelo, el anterior. Este es carísimo. Quiero decir, tiene un precio muy adecuado a su calidad, pero es de gama alta, posiblemente el de mayor precio de nuestro catálogo. Además, te he conseguido el descuento de empleado, es lo menos entre vecinos. Mira, por no verte con esas ojeras todas las mañanas, lo que haga falta. Porque eres la primera cara que veo todas las mañanas. Si por lo menos salieras de casa diez minutos antes... pero no, mira tú por dónde, salgo de casa, subo al portal y la primera cara que me encuentro, saliendo del ascensor, toma, con esas ojeras, que dentro de nada las vas a poder usar de bufanda, como te descuides...

ANDRÉS.– Ya, ya, ya. Lo entiendo. Además, a estas alturas, me da lo mismo lo que cueste, ¿sabes? ¿Y tú dónde te despiertas?

CONCHÍN.– ¿Cómo que dónde...?

ANDRÉS.– Sí, que si te despiertas siempre en la misma cama.

CONCHÍN.– Oye, mi vida es mi vida y no sé lo que irán diciendo pero mi vida es mi vida y yo soy muy normal, y lo de la fiesta aquella fue algo que le pasa a cualquiera...

ANDRÉS.– No, si me refiero que si te despiertas en la misma casa. Ahí abajo.

CONCHÍN.– Pues mira, hay días que no. Y hasta me hacen el desayuno. Pero me parece que te estás saliendo del tema.

ANDRÉS.– A ver, no me explico. Que si te despiertas en la misma cama en la que te has acostado.

CONCHÍN.– ¿Y dónde me voy a despertar?

ANDRÉS.– Pues ahí está el problema. Que yo me acuesto aquí y me despierto y cada vez estoy en una casa diferente. A veces, en una ciudad diferente. Y no te imaginas lo que es... Lo primero, que como no sé dónde está la luz me doy unas hostias de espanto. Pero luego es que no sé dónde está nada. Y a veces no hay ropa de mi talla. Incluso hubo una vez que en la cama había otra persona que me decía cuchicuchi. Es un sinvivir. Que una vez me desperté en Alicante.

CONCHÍN.– ¿Y qué hiciste?

ANDRÉS.– Pues compré lotería. Por si acaso.

CONCHÍN.– ¿Y por qué crees que es por el colchón?

ANDRÉS.– No, si del colchón no creo que sea. Lo que pasa es que si el colchón es cómodo, pues a lo mejor me duermo tranquilo y no me muevo. Si el problema es que depende de en qué postura me despierto me cambia el sitio. Si me despertase siempre en la misma postura...

CONCHÍN.– Entonces, lo que tienes que hacer es relajarte.

ANDRÉS.– Sí, muy bonito. Me cobras un congo por un colchón, me trago un montón de anuncios de gente relajada, dormidita, tan a gusto, con cara de haber cenado natillas, y ahora resulta que tengo que relajarme yo.

CONCHÍN.– No, si el colchón ayuda, pero si entras tenso en la cama pues no avanzamos

ANDRÉS.– ¿¡Pero cómo que no avanzamos!? ¿A dónde quieres que avance, si yo lo que quiero es no moverme? ¿No me has escuchado lo que te contaba?

CONCHÍN.– Sí, claro. Es una manera de hablar. La gente hace respiraciones profundas. Para dormirse relajado lo mejor es recordar algo fijo, una fórmula, una oración. "i por hache por delta partido de delta por t por psi donde i es la unidad imaginaria, "hache" es la constante de Planck dividida por 2ϖ, el símbolo delta partido por delta por t indica una derivada parcial con respecto al tiempo t, "psi" (la letra griega psi) es la función de onda del sistema cuántico..."

ANDRÉS.– Yo de pequeño decía lo de las cuatro esquinitas. Pero luego me moría de miedo. Me aparecía un monstruo lleno de mugre sentado

en la esquina de mi cama. El caso es que luego me dormía, a pesar del monstruo.

CONCHÍN.– El problema es sabérselo de memoria. Entonces deja de funcionar. Yo lo hacía de pequeña con las alineaciones del Barça. Sadurní, Rifé, Torres, Costas, De la Cruz, Juan CARLOS, Rexach, Asensi, Cruyff, Sotil y Marcial. Pero cuando te las aprendes ya no hace efecto. Tiene que ser algo que no te importe pero que tengas que hacer un pequeño esfuerzo; así se borra lo importante.

ANDRÉS.– Hombre, borrarse...

CONCHÍN.– Quiero decir que se mete más adentro. Luego aparece en los sueños, y se sueña tan tranquilamente con lo que se quiere.

ANDRÉS.– Ojalá se soñase con lo que se quiere.

CONCHÍN.– Tú sueñas con lo que quieres.

ANDRÉS.– Ya, pero ella me hace el mismo caso en el sueño que en la vida real.

CONCHÍN.– Es que es un sueño, no un videojuego. ¿Y quién es ella?

ANDRÉS.– Pues nadie. Vamos, que no la conoces. Una chica que conocí hace unas cuantas semanas y no se me va de la cabeza.

CONCHÍN.– ¿Y por qué no la llamas?

ANDRÉS.– Me parece que esta es una conversación cojonuda para relajarse antes de dormir.

CONCHÍN.– Perdona, perdona. Lo que tienes que hacer es relajarte. A ver. Busca algo que tengas que recordar pero que no te sirve para nada, que no te importa. Yo ahora uso las estadísticas de la plantilla del Barça.

ANDRÉS.– Eso es fidelidad a los colores.

CONCHÍN.– O costumbre, vete a saber. A ver. Túmbate, trata de retener estos datos. Liga 2009-2010. Valdés ha jugado todos los partidos como titular en la liga, 38, más 12 en la Champions, en total 50. En la Copa no ha jugado porque ha jugado Pinto. Valdés ha recibido 24 goles en la liga y 10 en la Champions. Alves ha jugado 29 partidos de liga, 11 de Champions y 3 de Copa. En total casi cuatro mil minutos. Ha metido tres goles y le han sacado once tarjetas amarillas y una roja. CHYGRYNSKY sólo ha jugado catorce partidos: 12 de liga y 2 de copa...

ANDRÉS.– Pobre CHYGRYNSKY.

CONCHÍN.– Sí, y es majo, ¿verdad?

ANDRÉS.– Parece buena gente.
CONCHÍN.– ¿Qué tal tiene el ático?
ANDRÉS.– Lo ha dejado muy bien, con las vigas a la vista, y ha tirado los tabiques...
CONCHÍN.– Vale, vale, vale. No hables más. A ver si ahora va a salir Chygrysnky en tus sueños y vas a decir que es culpa del colchón.

Imagen 3. Beatrice Binotti en una escena de *La ventana de Chygrynsky*. Foto: Daniel Alonso / Archivo CDT.

Además, lo primero que tendrías que hacer es quitar esta colcha, que es fea de cojones, que parece de tu cuarto de cuando eras pequeño.

ANDRÉS.– Es de mi cuarto de cuando era pequeño.

CONCHÍN.– Pues ahí lo tienes.

ANDRÉS.– ¿Tú crees?

CONCHÍN.– Bueno, no sé. De momento, prueba con lo del Barça. Pero no te obsesiones con el vecino, no te vayas a despertar en su casa.

Escena 3. La moqueta

Se supone que están ayudando a subir el tresillo, pero en realidad lo llevan entre MARÍA JESÚS Y ROSENDO. CONCHÍN lleva una lámpara de pie y tal vez come un bocadillo.

CONCHÍN..– ¿Dónde quieres que lo pongamos?

MARÍA JESÚS.– Aquí, aquí va bien.

La del sótano no sólo no ayuda sino que se pone en medio. Cuando dejan el tresillo en el suelo se sienta cómodamente.

CONCHÍN..– Pues nada, para lo que quieras. Es lo bueno de las casas con vecinos. Yo es que un tiempo viví en un chaletito en la sierra. Era más barato que esto. Te lo alquilan para todo el año por poco dinero y tú te encargas de que no entren los ratones y todo eso. Pero luego te gastas un pastón en transportes y te pasas la vida de acá para allá. Y está muy bien tener vecinos, bueno, ya ves. Estamos para echarnos una mano y todo eso. Porque tú pareja no tienes, claro. No por nada, es que si tienes pareja y no te ayuda con la mudanza, menudo cerdo. Pues eso. Claro. Oye, es estupendo tu piso. Con tanta luz. Es que con esta luz, da gusto. Aquí puede uno perder lo que le dé la gana. Es que en mi sótano, si pierdes algo, date por jodida. No llega la luz... bueno, llega de rebote a las dos y media, durante un cuarto de hora, que da en las ventanas del primero y rebota. No, ya sé que podría poner bombillas más fuertes, pero es que con los globos de papel te recomiendan que no pases de cuarenta watios. Yo los quitaría, los globos, pero es que si los quito, parece la celda del expreso de medianoche. Y le dan un tono muy agradable a la casa, así como melocotón. Lo único que hay que tener un poco de cuidado, ir con una mano delante para no tropezar. Y eso sí, mejor no ponerte pendientes, porque si los pierdes ya los puedes dar por perdidos. Aquí en cambio, con esta luz, ¿no te parece?

ROSENDO.– Fabuloso.
CONCHÍN..– Igual aquí hasta encontramos algo.

ROSENDO mira al suelo. CONCHÍN también. María Jesús los imita.

María Jesús.– ¿Habías estado aquí?

Conchín..– No
María Jesús.– Entonces, ¿qué vamos a encontrar?
Conchín..– Hija, yo qué sé, cualquier cosa. Las cosas no se encuentran donde se pierden, sino donde las puedes buscar. Seguro que, si nos fijamos, con esta moqueta con tantos dibujitos, algo se encuentra. Por cierto, que es horrorosa.
María Jesús.– Sí.
Conchín..– La quitarás, claro.
María Jesús.– No sé.
Conchín..– La tienes que quitar. Una vez que te lo planteas ya no tiene remedio. Dices ¿Y si quito la moqueta? Y ya se te queda eso dentro, como una termita, run run, run run, que si la quito, que si la dejo. Y tienes que tomar una decisión definitiva o te vuelves loca porque ya no vuelves a dormir en tu puta vida. Y la decisión definitiva solo puede ser quitarla.
María Jesús.– ¿Por qué?
Conchín..– Pues, hija, porque si la dejas no es definitivo. Si la dejas te lo puedes volver a plantear en cualquier momento, y otra vez run run, run run. ¿Y si la quitamos?
María Jesús.– ¿Ahora?
Conchín.– ¿Para qué vas a estar sufriendo? Además, te podemos ayudar. Con el cúter se quita en un momento. ¿A ti qué te parece?
Rosendo.– Fabuloso.
Conchín..– ¿Y?
María Jesús.– Bueno.
Conchín.– Lo mejor es cortar por el rincón.

Silencio.

Conchín.– *(A Rosendo.)* Está encima de las cajas.

Rosendo coge el cúter y se dirige al rincón.

Conchín.– Espera. *(Pone su pie en el rincón.)* Estas cosas hay que hacerlas en equipo.

Rosendo corta. Una vez cortado un trozo de ambos lados del rincón, levantan la moqueta.

Conchín.– Mira, qué suerte. Madera. Y está bastante bien. Ay.

María Jesús.– ¿Qué pasa?
Conchín.– ¡Qué cabrones! Han pintado. Han escrito en la madera.
María Jesús.– No está pintado. Es como un pirograbado. Está grabado a fuego. ¡Qué raro!
Conchín.– ¿Qué?
María Jesús.– El idioma. Están escritos en un dialecto antiguo. Algo parecido al ruso.
Conchín.– ¿Eres rusa? Fíjate que lo había pensado.
María Jesús.– Soy traductora. ¿Por qué iba a ser rusa?
Conchín.– ¿Eres traductora de ruso?
María Jesús.– De siete idiomas. ¿Por qué iba a ser rusa?
Conchín.– No, como estás aquí tan sola... ¿Y qué dice?

Imagen 4. Nuria Benet y Beatrice Binotti en una escena de *La ventana de Chygrynsky*.
Foto: Daniel Alonso / Archivo CDT.

María Jesús.– Dice... es raro. Es muy raro. "En el centro leerás..."
Conchín.– ¿Qué?
María Jesús.– En el centro leerás el nombre... el nombre de la única... no puede ser.
Conchín.– ¿Qué? Hija, traduces muy despacio, ¿sabes?
María Jesús.– "En el centro leerás el nombre de la única persona que de verdad te va a querer en tu vida".

Silencio. Rosendo suspira. Parece que se prepara para decir algo. Ellas le miran.

Rosendo.– Formidable.
Conchín.– Joder. A ver, tira de ahí.
María Jesús.– No. Espera.

Silencio.

Conchín.– Qué pasa.
María Jesús.– A ver. Piensa. El nombre de la única persona. Eso significa que hay otros nombres que no están escritos. Que hay personas que en realidad...
Silencio.
Conchín.– (*Recolocando la moqueta con el pie*.) Igual el mensaje no es para ti. Igual era para el que estuvo antes.
María Jesús.– El que estuvo antes no quitó la moqueta.
Conchín..– Pues si no lo quitas, será para el próximo que venga. Total, no te vas a quedar mucho tiempo. En cuanto encuentres pareja tendrás que buscar un sitio más grande. Es pequeño esto. Luminoso pero pequeño. Y tú a lo mejor encuentras pareja.
María Jesús.– No. El mensaje es para mí. Yo lo he leído.
Conchín.– ¿Tú crees?
María Jesús.– Sí. Las cosas que se saben se saben. Yo ya sé que eso está ahí. No puedo no saberlo. Ya no hay tutía.

Silencio.
Conchín.– Es gracioso. Podríamos decir "ya no hay tu abuela" o "ya no hay tu prima". Pero todo el mundo dice tu tía.
María Jesús.– No significa eso. La tutía era una medicina. Ungüento de óxido de cinc o de antimonio. Significa que ya no hay remedio. Viene

del árabe attutiya, pero es una palabra más antigua. Del sánscrito. Ya te he dicho que soy traductora.

Conchín.– Ya. Pues tú dirás qué hacemos.

Escena 4. El garaje

Andrés.– ¿Quién eres?

El Monstruo.– Soy el monstruo con el que no te atreves a soñar. Algunas veces he estado a punto de volver a tus sueños, pero desde que tomas esas pastillas no hay manera.

Andrés.– No te reconozco.

El Monstruo.– En tus pesadillas estaba siempre a tu lado, Si no, no me veías.

Se pone a su lado. Andrés nota una presencia familiar.

Andrés.– Es verdad. Ya sé quién eres. Te recordaba de color azul. Azul con reflejos amarillos.

El Monstruo.– Era por la luz que entraba de la calle. Había un neón en la casa de enfrente, ¿Te acuerdas?

Andrés.– Sí. Sigues siendo horrible. Me alegro de no soñar contigo.

El Monstruo.– ¿No me echas de menos?

Andrés.– No.

El Monstruo.– ¿Ni un poquito?

Silencio.

Andrés.– Oía ruido en el garaje. Creí que era el gato. Hace una semana que no lo veo.

El Monstruo.– Hace una semana que me lo comí.

Andrés.– ¿Comes gatos?

El Monstruo.– Como ratones. Me hacía la competencia.

Silencio.

ANDRÉS.– ¿Y ahora qué haces?

EL MONSTRUO.– Lo que todos los jubilados. Aburrirme. Me junto con el amigo invisible de Fernando y hablamos de los viejos tiempos.
ANDRÉS.– ¿El amigo invisible de...?
EL MONSTRUO.– Sí, hijo. Fernando tuvo un amigo invisible hasta los treinta. Un tío muy divertido. Se da un aire a Tom Waits.
ANDRÉS.– Ya le vale. Un amigo invisible.
EL MONSTRUO.– Tú estás hablando ahora mismo con tu monstruo del armario.
ANDRÉS.– Hombre, no es lo mismo.
EL MONSTRUO.– ¡Qué va!, para nada.
ANDRÉS.– ¿Y qué hacéis?
EL MONSTRUO.– Hablamos de los viejos tiempos. De vosotros.
ANDRÉS.– ¿De nosotros?
EL MONSTRUO.– De lo que soñabais. De lo que soñabais dormidos y de lo que soñabais despiertos. ¿Tú te acuerdas de tu colección de banderas?
ANDRÉS.– Sí. Las daban con los colines.
EL MONSTRUO.– Banderas del mundo. Viajabas por el mundo y te sabías todas las banderas. Tu sueño era volar por todos los países del mundo. Volabas por el mundo sin salir de tu cama. Luego perdiste la fantasía. Te olvidaste de que cualquier cosa puede pasar dentro de una habitación. Te volviste un hombre de provecho.
ANDRÉS.– Un gilipolllas.
EL MONSTRUO.– Siempre se te ha dado bien encontrar la palabra justa para cada cosa.
ANDRÉS.– ¿No tenéis un sitio? Un sitio donde ir, una residencia.
EL MONSTRUO.– Sí, pero me he quedado por si te hacía falta. Es que eso que te pasa de despertarte en otras camas, perdona, pero no es normal. Ha sido una suerte lo de encontrarme con el amigo invisible de Fernando. Porque tú no me has hecho ni puto caso desde que cumpliste los seis años.
ANDRÉS.– ¿Y él también está...?
EL MONSTRUO.– No, él es que dice que pasa de residencias. Es un outsider, ya me entiendes. Un espíritu libre.

Silencio.

EL MONSTRUO.– ¿Qué vas a hacer?

ANDRÉS.– ¿Yo?
EL MONSTRUO.– ¿Vas a seguir con esas pastillas? Está claro que para lo de despertarte en otro sitio no te están sirviendo.
ANDRÉS.– Me las ha mandado el médico. Son sólo para lo de las pesadillas y eso. Lo de despertarme en otras camas no se lo he dicho al médico.
EL MONSTRUO.– Mejor. Lo mismo te encierra. Es que es raro de cojones, eso que te pasa. Vamos, lo de despertarse y no saber si estás en tu cama o en otro sitio le pasa a todo el mundo, pero lo tuyo es pasarse. *(Silencio.)* Pues si sigues con las pastillitas esas de las pesadillas tendré que irme. No sé qué va a ser de mí.
ANDRÉS.– Puedo saltármelas algún día. Las pastillas. ¿Te vale una vez al mes?

El monstruo sonríe.

ANDRÉS.– Ten cuidado.

EL MONSTRUO.– ¿Por qué?
ANDRÉS.– Cuando sonríes dejas de ser tenebroso. Lo digo por si van y te abren un expediente.
EL MONSTRUO.– A estas alturas...
ANDRÉS.– Aunque sigues siendo feo de cojones.
EL MONSTRUO.– ¿Sabes por qué me has vuelto a ver?
ANDRÉS.– ¿Por qué?
EL MONSTRUO.– Porque has vuelto a tener ese sueño que tenías.
ANDRÉS.– No recuerdo.
EL MONSTRUO.– Que no lo recuerdes no quiere decir que no lo tengas. Tus amigos soñaban que eran futbolistas. Que salían al campo y jugaban. Algunos soñaban que corrían más deprisa que nadie. Tú has sido siempre un raro de cojones. Tú soñabas que eras una chapa. Tú soñabas que eras la chapa de Migueli.
ANDRÉS.– Es verdad.
EL MONSTRUO.– Y anoche lo soñaste.

ANDRÉS.– Sí.

EL MONSTRUO.– Pues eso. Oye.

ANDRÉS.– Qué.

EL MONSTRUO.– No me ha gustado nada eso que has dicho a la de los colchones.

ANDRÉS.– El qué.

EL MONSTRUO.– Lo del monstruo lleno de mugre. La mugre me la ponías tú. Yo soy la mar de limpio. No, que luego se corre la voz y no, ¿eh? No.

Escena 5. El cuarto de baño

María Jesús está ante el espejo, poniéndose cremas, recién salida de la ducha. Se oyen toses al otro lado de la pared. Toses fuertes, de fumador por la mañana. Silencio. Ella hace ademán de escuchar con atención. De pronto se alarma muchísimo y empieza a golpear la pared.

María Jesús.– ¡NO! ¡No! ¡No lo haga! ¡Por favor! ¡Espere! ¡No lo haga!

Silencio.

Carlos.– ¿Le pasa algo?

María Jesús.– Espere. Piénselo un momento. Por favor. Deje que le ayude.
Carlos.– ¿Quién es?
María Jesús.– Soy su vecina. Al otro lado del tabique.

Silencio.

Carlos.– ¿Y qué quiere?

María Jesús.– Que no lo haga.
Carlos.– ¿Que no haga qué?
María Jesús.– Eso que ha dicho.
Carlos.– ¿Yo?
María Jesús.– Sí.
Carlos.– Yo no he dicho nada.
María Jesús.– Lo he oído perfectamente.
Carlos.– ¿El qué?
María Jesús.– Lo que ha dicho.
Carlos..– Usted está loca.
María Jesús.– Lo ha dicho. Ha dicho "Me voy a matar". Y después ha dicho "Me voy a matar con veneno."
Carlos.– Yo no he dicho nada de eso.
María Jesús.– Sí lo ha dicho.
Carlos.– No.

Silencio.

MARÍA JESÚS.– A ver. ¿Quién más hay que esté en el cuarto de baño? ¿Alguien ha dicho eso? No se esconda.

Silencio.

MARÍA JESÚS.– Ha tenido que ser usted. Sí. Ha sido usted.

CARLOS.– Yo no he dicho nada.
MARÍA JESÚS.– Sí lo ha dicho.
CARLOS.– No.

Silencio.

CARLOS.– Lo he pensado.

Silencio.

MARÍA JESÚS.– ¿Qué?

CARLOS.– Que no lo he dicho. Que lo he pensado, pero no lo he dicho. ¿Usted quién es?
MARÍA JESÚS.– Su vecina. Nos metemos en el cuarto de baño todos los días a la misma hora. Todas las mañanas. Usted tose. Le oigo toser. Seguramente fuma mucho.
CARLOS.– Sí.
MARÍA JESÚS.– Negro.
CARLOS.– Sí
MARÍA JESÚS.– Mi padre también fumaba negro. Tosía igual.

Silencio.

CARLOS.– ¿De verdad me ha oído?

MARÍA JESÚS.– Sí.

Silencio.

María Jesús.– ¿Puedo verle? En el portal.

Carlos.– ¿Para qué?
María Jesús.– Para hablar con usted. Para convencerle.
Carlos.– De qué.
María Jesús.– De que no lo haga.
Carlos.– No hace falta. Las cosas se piensan. Pero yo no soy de los que hacen eso. Hay que tener mucho valor.
María Jesús.– ¿Entonces...?
Carlos.– ¿Qué?
María Jesús.– ¿No prefiere hablar un ratito? Podemos dar un paseo o algo.
Carlos.– Es mejor así. Pared por medio. Da menos vergüenza.
María Jesús.– Es como un chat.
Carlos.– Un chat.
María Jesús.– Sí, por internet.
Carlos.– Ah.

Silencio.

Carlos.– Yo es que no uso. Ya no me molesto. Cuando hay que instalar algo con botones llamo a un sobrino que tiene doce años. Para entender esas cosas hay que tener doce años. Yo ya no entiendo los aparatos nuevos. Ni lo demás.

María Jesús.– No sea tan negativo.
Carlos.– No, si me da igual.
María Jesús.– Pues no le tiene que dar igual. Hay que pelear. No hay que rendirse. Empieza uno por no usar el mando a distancia y acaba por tirarse a la vía.
Carlos.– Hombre, visto así...
María Jesús.– Claro, es que hay que verlo así. Hay que enfrentarse a la vida, hay que vencer a la vida. Hay que hacer algo. Venga. Que no nos coma la bulla. ¿Qué quiere hacer?
Carlos.– ¿Ahora?
María Jesús.– Sí, venga, ¿qué hacemos?
Carlos.– No se me ocurre nada.

MARÍA JESÚS.– Piense.

Silencio.

CARLOS.– Me voy a ir a la habitación a leer.

MARÍA JESÚS.– ¡No!
CARLOS.– ¿No?
MARÍA JESÚS.– No salga del cuarto de baño.
CARLOS.– ¿Por qué?
MARÍA JESÚS.– Porque a lo mejor pierdo la señal. La cobertura.
CARLOS.– ¿La cobertura?
MARÍA JESÚS.– Sí, que dejo de oírle y se queda usted solo y no le puedo ayudar.
CARLOS.– ¿Y qué hacemos?
MARÍA JESÚS.– Lo importante es que no esté solo, que pase el rato y verá como dentro de un rato ya está usted tranquilo. ¿Vale?
CARLOS.– Pues vale.

Imagen 5. Miguel Barderas y Eugenio Gómez en una escena de La ventana de Chygrynsky.
Foto: Daniel Alonso / Archivo CDT

Silencio.

MARÍA JESÚS.– Le puedo leer algo. *(Coge un folleto.)* " El escenario natural en el que se encuentra Redondela le ofrece al viajero imágenes y ensoñaciones. La Isla de San Simón, el estrecho de Rande, los montes de Mirallo y A Peneda... son algo más que accidentes geográficos, son referentes sencillos para nuestra comunidad. La presencia permanente de su historia, de sus mitos y leyendas que conformaron nuestra cultura "

(otra opción: "O escenario natural no que se atopa Redondela ofrécelle ao viaxeiro imaxes e ensoñacións. A Illa de San Simón, o estreito de Rande, os montes de Mirallo e A Peneda... son algo mais que accidentes xeográficos, son referentes sencilleiros para a nosa comunidade. A presenza permanente da súa historia, dos seus mitos e lendas que conformaron a nosa cultura. ")

CARLOS.– ¿Qué es eso?

MARÍA JESÚS.– Un folleto de turismo. De Redondela.
CARLOS.– ¿Y para qué me lee usted un folleto turístico de Redondela?
MARÍA JESÚS.– También tengo otro de Nueva York.
CARLOS.– ¿Y para qué me va a leer usted un folleto turístico de Nueva York?
MARÍA JESÚS.– A lo mejor si hace un viaje...
CARLOS.– Yo no hago viajes. Todas las desgracias le vienen a la gente por no saber quedarse en casa.
MARÍA JESÚS.– Es que me pilla de paso para ir al metro. La agencia de viajes. Tienen folletos. Y cojo uno.
CARLOS.– ¿Los tienen en la puerta?
MARÍA JESÚS.– No. Entro y pregunto.
CARLOS.– Menuda gilipollez.
MARÍA JESÚS.– Oiga señor, no se olvide de que oigo lo que piensa.
CARLOS.– No, si eso lo he dicho en voz alta.
MARÍA JESÚS.– También tengo el periódico. (*Lee*) 'Dima' ha dejado atrás las gélidas tierras de su país y confía en poder contar cuanto antes con el calor del Camp Nou. Una entrevista de David Rubio. No están siendo precisamente una marcha triunfal los primeros meses de Dmytro Chygrynskiy en el Barça. Hasta la fecha, ha disputado 12 partidos (diez como titular), pero le está costando responder a las

expectativas y los 25 millones pagados al Shakhtar por su fichaje también juegan, de alguna manera, en su contra. ¿Imaginaba que serían tan difíciles sus inicios en el Barça?"

Desde otro lugar, responde CHYGRYNSKY.

CHYGRYNSKY.– Sí, ya sabía que no es fácil estar en un club como este y por eso me preparé mentalmente para cualquier situación. Las cosas pueden empezar bien o mal, pero tú tienes que tener la cabeza preparada. Quiero jugar más minutos y hacerlo a un nivel alto... al mismo al que jugaba en Ukrania.

María Jesús.– (*Lee.*) "¿Cómo asimiló que su propia afición le silbara?" Ay, pobre.

Chygrynsky.– Me resulta raro ver a la afición pitando a un jugador de su equipo, pero lo puedo entender. En ese momento todos mis compañeros me dieron ánimos.

María Jesús.– Qué chaval más majo. (*Lee.*) "¿Qué es lo que más echa de menos de su vida en Ukrania?"

Chygrynsky.– Pues a mis padres y... mis clases de guitarra (*ríe*). Llevaba varios meses estudiando guitarra y para mí era muy importante, porque me permitían desconectar y a veces es bueno tener la mente despejada. Mi mejor amigo estuvo aquí conmigo un par de semanas en Navidades y me regaló una guitarra eléctrica.

María Jesús.– Mira tú... (*Vuelve a leer.*) "No le harán bajar los brazos esas críticas que está recibiendo..."

Chygrynsky.– Al contrario. Me tomo esos silbidos como un reto. Sé que acabaré jugando a mi nivel y la afición me aplaudirá.

María Jesús.– ¿Y qué le dice Pep Guardiola?

Chygrynsky.– Él insiste en que he de ser fuerte mentalmente...

María Jesús.– ¿Lo ve? Fuerza mental. Eso es lo que hace falta.

Carlos.– Oiga.

María Jesús.– ¿Sí?

Carlos.– Perdone... A mí es que el fútbol...

María Jesús.– Me pareció que le podía ayudar. Por lo de la fuerza mental. Es un vecino, vive en el ático.

Carlos.– No, si le conozco. Mire, yo se lo agradezco. Pero me voy a la habitación a leer, usted no se preocupe.

María Jesús.– Vale. Está bien. Pero no me llame Friki.
Carlos.– Yo no he... Vale. Perdone. Hasta mañana.

Escena 6. En otra cama

Andrés se despierta de golpe. Penumbra. Luz de tele encendida, sin volumen.

Andrés.– Menos mal. Por lo menos estoy cerca.

Entra Chygrynsky con una bandeja, colacao y galletas. En calzoncillos, con su camiseta del Barça. Lleva unos auriculares. Se mete en la cama sin notar la presencia del Andrés. Pasan un rato en silencio, viendo plácidamente la tele. Cuando se da cuenta pega un grito.

Chygrynsky.– Otra vez.

Andrés.– Lo siento.
Chygrynsky.– Llevas así la semana toda.
Andrés.– Sí. Estoy pensando que si vas a dejar el piso me lo podría quedar yo. Igual si me duermo aquí me despierto aquí.
Chygrynsky.– Por lo menos ya conoces donde está comida y platos. Y sabes ventana.
Andrés.– ¿Qué estás viendo?
Chygrynsky.– Hoy jugamos fuera.

Silencio incómodo.

Chygrynsky.– No han convocado Dima. Lesión.

Andrés.– Oye, ¿no te importa si me quedo?
Chygrynsky.– Pero pon a este lado. *(Se cambian.)* Es que si das patada este lado me haces polvos.
Andrés.– Se dice polvo. En singular.
Chygrynsky.– ¿Polvo? No; no, no. No, yo no me refiero a polvo. Mira, no, ¿eh? casi mejor bajas a dormir tu casa.
Andrés.– No, hombre. Que la expresión es me haces polvo.
Chygrynsky.– Pues eso.
Andrés.– No. Lo que tú dices es echar. No es hacer.
Chygrynsky.– Es que idioma muy raro. ¿Galletas?
Andrés.– Gracias. Oye, por cierto, que ya lo hablas muy bien.

CHYGRYNSKY.– Bueno estudiando. La gente se cree que por defensa central tienes que ser un bestia pardo pero no.
ANDRÉS.– Se dice una bestia parda.
CHYGRYNSKY.– ¿Por qué?
ANDRÉS.– Vete a saber.
CHYGRYNSKY.– Sí que es idioma raro. ¿Volumen?

Ven el segundo tiempo, comen galletas.

Escena 7. La gotera

Conchín está tomando el sol, con la ventana abierta. Un sol de la tarde, de color de trigo. Entra María Jesús, cargada de bolsas de la compra hasta los dientes. María Jesús habla con la boca cerrada, con los dientes sujetando una bolsa.

Imagen 6. Miguel Barderas, Eugenio Gómez, Luis Crespo, Nuria Benet y Beatrice Binotti en una escena de La ventana de Chygrynsky. Foto: Daniel Alonso / Archivo CDT.

María Jesús.– Anda que podías ayudar un poco.

Conchín.– *(Sin volverse, atenta a recibir el sol.)* Hola, María Jesús. Oye, ven que se va a esconder el sol detrás del edificio de enfrente.

María Jesús.– *(Con la bolsa entre los dientes.)* Me cago en mi puta vida.

Conchín.– Que sí, venga, que te hace falta, que estás muy pálida. La verdad es que se está aquí de vicio. El caso es que yo había subido a regarte las plantas. Están un poco mustias, les tendrías que poner abono. Las plantas absorben las malas vibraciones y claro, como tú estás sola... Si me acompañas a lo mejor te cuento un secreto.

María Jesús se queda mirando a Conchín, que sigue a lo suyo. Deja todas las bolsas en el suelo.

María Jesús.– ¿Qué significa C?

Conchín se da la vuelta, por fin.

Conchín.– ¿Has mirado debajo de la moqueta?

María Jesús.– No. ¿Es eso lo que pone? ¿C? ¿Nada más?

Conchín.– Mira, no te hagas la tonta, si no lo has mirado... Claro, Rosendo, si es que no para de hablar, con ese chaval no se puede guardar un secreto. Pues sí, hija, he mirado, y no lo he hecho por mí, que a mí me da igual como comprenderás, pero si hay alguien por ahí que te va a querer lo normal es que le dejes que te quiera, ¿no? Lo que haces es muy injusto, muy cobarde y muy egoísta y no me contradigas porque sabes que tengo razón, que desde que vives aquí en esta casa el único hombre que la ha pisado es Rosendo. Vamos, que llegué a pensar, a ver si va a ser Rosendo, pero no, pobre. Porque esa sí que es una trola, lo de que con la conversación te seducen y todo eso; si fuera por eso, con el piquito que tiene, pero lo que manda es lo que manda, y por mucha conversación que tenga, tú ni le has escuchado. A ver. Así que he venido y hemos levantado la moqueta. Y ahora estaba dando vueltas a cómo te lo iba a decir, porque claro, te pondrás hecha una fiera y no me querrás escuchar y me interrumpirás y no me dejarás que me explique, que es lo que haces siempre.

María Jesús.– ¿Sólo pone C?

Conchín.– Sí, sólo pone... Oye, tú no has podido hablar hoy con Rosendo. Y es un chapas, pero no te puede haber llamado al móvil para contártelo, ya sería demasiado. ¿Tú como sabes que pone C? O sea, que tanto secreto y tanta historia y tú ya lo sabías. ¿Y cómo lo has hecho, has vuelto a pegar la moqueta? Chica, si ya lo habías mirado podías haber aprovechado y habías arrancado la moqueta entera, hija, que es horrorosa, que no sé cómo duermes. Por cierto, que el colchón te lo traen el lunes, que te hacen un precio estupendo, no me des las gracias, para eso estamos, aunque no sé por qué me molesto, porque las amigas se cuentan las cosas...

Suena el timbre. María Jesús abre. Es Carlos.

Carlos.– Hola. Soy el presidente de la comunidad. Que tenía que hablar contigo un momento. Que parece que hay una gotera.

María Jesús.– Pasa.
Carlos.– *(A Conchín.)* Hola.
Conchín.– Hola.
Carlos.– *(A María Jesús.)* Oye, tu cara me suena. Ah, tú eres... ¿no viniste a hacer de intérprete del chaval del ático, del futbolista?
María Jesús.– Sí, hace unos meses. Por eso vivo aquí. Vi un anuncio en el portal...
Carlos.– Sí, aquí vivía antes un señor con su perro. Eran muy raros los dos. Claro, es verdad, que lo vendieron en noviembre o por ahí. Como tenemos una reunión al año, no nos habíamos visto. Ah, perdona, me llamo Carlos.

Conchín se lleva la mano a la boca para ahogar un grito. A espaldas de Carlos le hace gestos aspaventosos a María Jesús que trata de mantener una actitud natural

María Jesús.– ¿Y cómo le va al futbolista con ese lío suyo?

Carlos.– Pues parece que al final lo va a cerrar. Me dijo una cosa muy rara. Que a su madre la ve por el esquipe, que ya no necesita la ventana. Ahora ya casi habla de corrido, es muy listo. Y es majo, el chaval. ¿Tú eres rusa?
María Jesús.– Yo, ¿por qué voy a ser rusa?
Carlos.– No, porque eso de saber un idioma tan raro...
María Jesús.– Me gustan los idiomas. Es una manera de viajar. No viajo mucho, pero viajo con la imaginación. Viajo con el dedo por los mapas, como cuando era pequeña.
Carlos.– Ah, pues tienes que conocer a Andrés. Es otro vecino. Me contó una vez que es lo que más le gustaba. Tú Conchín, sí conoces a Andrés.
Conchín.– Mejor no te cuento...
María Jesús.– Bueno, yo eso lo hacía de pequeña. Ahora lo que hago es mirar folletos de las agencias de viajes. Me gusta leer los folletos de las agencias de viajes.

Silencio.

CARLOS.– No jodas.

MARÍA JESÚS.– ¿Qué pasa?
CARLOS.– Eres tú.
MARÍA JESÚS.– Qué.
CARLOS.– La del cuarto de baño.
MARÍA JESÚS.– ¿Tú eres...?

Silencio. Largo silencio.

CONCHÍN.– Oye, yo casi os dejo solos.

Última escena. La ventana, again

ANDRÉS se ha quedado con la casa de CHYGRYNSKY. Está en medio de la sala. Mira su reloj. Mira al techo. Se le ve agotado, nervioso. Llaman a la puerta. Andrés abre. Es CHYGRYNSKY.

ANDRÉS.– Buenas tardes.

CHYGRYNSKY.– Hola. *(Le da un abrazo.)* Cuánto tiempo.
ANDRÉS.– Ya. Mira, Dima, que yo esto no me lo esperaba de ti. Que hay una cosa que no me contaste de la casa y es muy fuerte.
CHYGRYNSKY.– ¿Ventana?
ANDRÉS.– No, qué ventana. La ventana ya la cerré. Pero desde que cerré la ventana pasa una cosa rarísima.
CHYGRYNSKY.– Rarísima.
ANDRÉS.– Como de película de Tarkovsky.
CHYGRYNSKY.– Película.
ANDRÉS.– Sí.
CHYGRYNSKY.– ¿Qué pasa en película?
ANDRÉS.– En película, no, aquí.

Pausa.

CHYGRYNSKY.– No pasa nada.

ANDRÉS.– Hay que esperar. Todavía no es la hora. Ahora.

Empieza a nevar dentro de la habitación.

CHYGRYNSKY.– Ah, claro.

ANDRÉS.– ¡Pero cómo que claro! ¡Esto es la leche!
CHYGRYNSKY.– Madre. Abre la puerta del patio. Y nieva.
ANDRÉS.– ¿Si tu madre abre la puerta del patio nieva aquí dentro?
CHYGRYNSKY.– Es por ventana. Antes, fuera. Ahora, dentro.
ANDRÉS.– O sea, que si nieva en tu pueblo, nieva en mi salón.
CHYGRYNSKY.– Sí.
ANDRÉS.– ¿Y en tu pueblo nieva mucho?
CHYGRYNSKY.– Año pasado, 67 días. Lo peor es lluvia. Llovió tres meses. 118 días.
ANDRÉS.– *(Mira al techo.)* Joder.
CHYGRYNSKY.– CHYGRYNSKY arregla. No problema. Ya no pasa más. Teléfono.

Toma el teléfono. Mientras marca y espera, suena el timbre. CHYGRYNSKY habla en ukranio.

CHYGRYNSKY.– *Hola Mamá. Soy Dima. Te llamo para decirte que vuelvo mañana. Sí. Mañana.* Le digo que vuelvo mañana.

CHYGRYNSKY.– *Mamá, necesito que cierres la puerta de atrás. Te la has dejado abierta.* Le digo que cierre puerta de atrás. Que se la ha dejado abierta. Dice que lo va a cerrar.

Silencio. Esperan. Deja de nevar.

CHYGRYNSKY.– Ya está. *Adiós, Madre, hasta mañana*. Le digo adiós. Bueno. Yo marcho.

ANDRÉS.– Volverás de vez en cuando.
CHYGRYNSKY.– A lo mejores. Pronto. Shankar juega Champions.
ANDRÉS.– Pues nada.

Se abrazan.

CHYGRYNSKY.– Mucho gusto. Encantado. *(Le da dos besos.)*

ANDRÉS.– Pues nada, adiós. Y mucho éxito en Ukrania.

Se queda solo. Va al teléfono. Marca una tecla. Oímos los tonos de recuperación de última llamada.

ANDRÉS.– Sí, buenas tardes. ¿La señora de CHYGRYNSKY? ¿La mamá de CHYGRYNSKY? de Dimitri, Dima, eso, mame Dima. Aquí un amigo. Un amigo. Tavarich. Sputnik. Sí. Nada, que si no le importaría volver a abrir la puerta del patio. *Abrir la puerta del patio.* Eso.

Espera. Vuelve a nevar. Silencio.

ANDRÉS.– Sí. Gracias. Spasiva. Aquí, bien. Un calor húmedo, pero se está bien. Por allí más frío, verdad. ¿Dima? Un buen muchacho, sí, muy amable. Aquí todo el mundo lo quiere mucho. Guardiola también. Sí, señora.

Vamos perdiendo su voz mientras se hace el oscuro lento, sin que deje de nevar.

Madrid, octubre de 2010

Musaka

ozkar galan perez

https://doi.org/10.32621/acotaciones.2018.40.08
ISSN 2444-3948

Copyright: © 2018. Este es un artículo abierto distribuido bajo los términos de una licencia de uso y distribución Creative Commons 4.0 Internacional (CC BY 4.0)

Local con apariencia de peluquería. Clío lee un guion traducido por Nellie Manso de Zúñiga. Entra un Hombre.

Hombre.– Buenos días.

Clío.– Buenos días. Pase, pase...
Hombre.– Vine la semana pasada.
Clío.– Clío, encantada. ¿Habló ya con mi compañera?
Hombre.– Sí, con Melpómene. Puede...
Clío.– Vaya. Melpómene no está. Asuntos personales.
Hombre.– Puedo esperar.
Clío.– En toda la semana.
Hombre.– En toda la semana. Qué pena, fue muy amable.
Clío.– Todas lo somos.
Hombre.– Oh, espere. No quise decir...
Clío.– No se preocupe. Sólo le estaba picando.
Hombre.– Disculpe... yo... le pareceré un idiota.
Clío.– ¡Qué tontería! Estuvo ya por aquí ¿y hablaron de las posibilidades?
Hombre.– Ya lo creo que hablamos y ya lo tengo claro.
Clío.– Eso es estupendo; es la parte más importante. Mucha gente suele venir sin tener ni idea.
Hombre.– Ciertamente complicado.

Se sienta y le acomodan como es de común en estos casos.

Clío.– Bueno, usted dirá.

Hombre.– ¿No lo adivina?
Clío.– Prefiero no prejuzgar. Luego una se lleva chascos innecesarios. Una vez vino por aquí Ana Rosa, dije ¡Novelista! Y no vea la que se armó. ¿Y usted quiere...?
Hombre.– ¿Lo digo ya?
Clío.– Sí, sí. Claro.
Hombre.– Dramaturgo.
Clío.– ¿Qué?
Hombre.– Dramaturgo.
Clío.– Vaya.

HOMBRE.– ¿Vaya?
CLÍO.– Sí, vaya. Otro dramaturgo.
HOMBRE.– No, no, no. Otro no: Dramaturgo original.
CLÍO.– Ah, claro. Otro dramaturgo original. ¿Y no prefiere novelista? ¿O biógrafo?
HOMBRE.– ¿Debería?
CLÍO.– Hay dramaturgos a los que les ha ido excepcional como biógrafos.

Entra TALÍA apurada. Lleva un libro bajo el brazo.

TALÍA.– Siento llegar tarde. Asco de tráfico... uy, perdón. Hola, buenos días. Enseguida me pongo y te ayudo.

HOMBRE.– Buenos días.
CLÍO.– Buenos días.
TALÍA.– Vaya cara.
CLÍO.– Dramaturgo.
TALÍA.– ¿Qué?
HOMBRE.– Dramaturgo.
TALÍA.– ¿Otro?
CLÍO.– Otro.
HOMBRE.– No otro no. yo quiero...
TALÍA.– No me lo diga: Dramaturgo emergente.
HOMBRE.– No.
TALÍA.– ¿Divergente?
HOMBRE.– No.
TALÍA.– ¿Ariel?
HOMBRE.– ¿Y eso qué es?
TALÍA.– Detergente.
CLÍO.– No le hagas juegos de palabras, que no es de comedias.
TALÍA.– Suéltalo.
CLÍO.– Original.
TALÍA.– ¿Original? Vaya, emergente debe estar pasando de moda.
HOMBRE.– No, esperen. Dramaturgo emergente original. No me lo había planteado. Me gusta.
TALÍA.– Amos, no me jodas.

Talía se quiere marchar.

Clío.– Venga, Talía. Vuelve aquí y ayúdame. Sabes que estamos obligadas.

Talía.– ¡Estoy de los dramaturgos hasta el coño!
Clío.– Como musas podemos susurrar....
Talía.– ¡Estoy de susurrar hasta el coño!
Clío.– ...pero no podemos decidir por ellos.
Talía.– ¡Estoy de ellos hasta el coño!
Hombre.– Yo creo que tal vez deberíamos...
Talía.– Tú te callas un poquito, que quieres ser dramaturgo, no portavoz.
Hombre.– Pues la verdad, como gran artista, me encantaría también ser director, actor, escenógrafo y músico de mis obras.
Talía.– Clío, ¿conocemos alguna empresa internacional que embotelle gilipollas? Porque tú y yo nos forramos.
Clío.– A ver, está un poco confundido, nada más.
Talía.– ¿Confundido? A ver, chato. Dramaturgo, director, actor, escenógrafo y músico ¿no?
Hombre.– Eso mismo.
Talía.– ¿Y productor?
Hombre.– No, no. El Estado debe sufragar el arte.
Talía.– ¿Ves? El estado. Pero si el ministro de cultura se piensa que Shakespeare son los condones de Hacendado. Y van cinco.
Clío.– ¿Cinco ministros o cinco dramaturgos?
Talía.– Cinco gilipollas.
Clío.– Como no especifiques...
Talía.– Dramaturgos, Clío, dramaturgos.
Clío.– Seis si contamos a Jorge Javier.
Talía.– Ése por lo menos, si que produce de su bolsillo.
Clío.– Pues cinco. ¿Te acuerdas de cuando todos querían ser punks?
Talía.– El punk se acabó con el My Way de Sid Vicious.
Hombre.– Disculpen...
Clío.– Yo no sé a dónde vamos a ir a parar.
Hombre.– ¿Hay algún problema con que me pida dramaturgo?
Las dos.- NO

CLÍO.– ¿Pero usted se lo ha pensado bien? ¿Ha mirado el catálogo? Ahora todos quieren ir a Eurovisión. Cantante, ¿no quiere ser cantante?

HOMBRE.– Es que cantar no se me da bien.

TALÍA.– ¿Y escribir sí?

HOMBRE.– Yo he visto obras de catorce frases repetidas de forma desordenada que duraban hora y media. Y el teatro lleno. Y la gente aplaudiendo, de pie, gritando "otra, otra". Eso quiero: ser el "Milenial Incomprendido"

TALÍA.– (A *Clío*) Escucha, nadie le ha visto entrar. Le metemos al fondo, le damos con el cenicero de plomo en la cabeza y lo vamos sacando en bolsas de plástico. Con el tamaño que tiene, en bolsas del Mercadona por la mitad, en un mes está fuera.

CLÍO.– No digas barbaridades.

TALÍA.– La picadora de la Termomix...

CLÍO.– Las musas cumplimos las reglas.

TALÍA.– Las musas somos como el Rey: irresponsables de nuestros actos.

HOMBRE.– ¿No está la otra? Me sentía más cómodo con la otra Musa.

CLÍO.– Melpómene. No. ya le he dicho que Melpómene no está.

TALÍA.– ¿Habló con Melpómene?

CLÍO.– Largo y tendido.

TALÍA.– Esto aclara lo de "incomprendido"

HOMBRE.– ¿Y dónde está?

TALÍA.– Está en casa de Ricardo III

HOMBRE.– ¿Aún vive?

CLÍO.– (*A Talía*.) No le llames así. (*Al cliente*.) Se refiere a un crítico.

TALÍA.– Bloguero.

CLÍO.– Llámalo X.

TALÍA.– X.

HOMBRE.– ¿Y usted le sustituye?

TALÍA.– Yo hago lo que puedo con los cretinos.

HOMBRE.– ¿Habla de mí?

CLÍO.– ¿Incomprendido? ¿Para qué?

HOMBRE.– Para que en el futuro puedan entenderme, estudiarme y admirarme.

TALÍA.– ¿Qué pasa, se ha comprado un DeLorean?

HOMBRE.– ¿Un qué?

CLÍO.– Es un milenial, son hijos de la ESO; simplifica.

TALÍA.– ¿Nos tienen que tocar a nosotras todos los pirados imberbes?
CLÍO.– No es culpa de ellos, es el modelo educativo.
HOMBRE.– No quiero ser listo, quiero ser un incomprendido.
TALÍA.– Conseguido.
HOMBRE.– ¿Qué dice?
TALÍA.– Que no le comprendo.
CLÍO.– ¿Y no es mejor que se haga un Disney?
HOMBRE.– ¿Un qué?
CLÍO.– Que le congelen y que le despierten para cuando puedan comprenderle.
TALÍA.– "Incomprendido, incomprendido"
HOMBRE.– ¿Qué pasa con eso?
TALÍA.– Nada, que es como comprarse un tigre y llamarle "Currupipi"
HOMBRE.– No le pillo ni una.
CLÍO.– A ver, sí. Te falta hacerle comparaciones con el libro de recetas de concina de Séneca.
TALÍA.– Séneca era un cachondo, no como éste.
HOMBRE.– ¿Y usted es también una musa? ¿Está segu...?
TALÍA.– La continuidad integral de su perímetro escrotal depende absolutamente de que termine o no esa frase.
HOMBRE.– ¿Qué musa es usted?
TALÍA.– La de la comedia.
HOMBRE.– No me gusta la comedia.
TALÍA.– A la comedia tampoco le gusta usted.
HOMBRE.– Exijo que venga Melpómene.
CLÍO.– Está suspendida de empleo y sueldo tres meses.
HOMBRE.– ¿Qué hizo?
CLÍO.– Tomar un café con guionistas de Sitcom españoles, y ya ve el resultado.
TALÍA.– Hay un límite para distribuir tragedia, incluso en las musas.
CLÍO.– Ya sabe: equidad.
HOMBRE.– Usted no tiene aspecto de comedia.
TALÍA.– Ronald McDonald tampoco tiene aspecto de fallo hepático, accidente cerebrovascular, insuficiencia cardíaca e infarto, pero hey, así son las cosas.
HOMBRE.– ¿Eso es humor inteligente?
CLÍO.– Ay Diosas...
TALÍA.– Todo humor es inteligente.

HOMBRE.– Porque usted lo diga.
TALÍA.– Porque lo digo yo. Incluso los chistes guarros porque el que los cuenta tiene que tener la inteligencia de detectar qué tipo de chistes tiene que contar a los tipos a los que se dirige.
HOMBRE.– Cualquiera puede ser gracioso.
TALÍA.– ¿También usted?
HOMBRE.– Yo simplemente soy feliz.
TALÍA.– La felicidad no se hace en dos días.
HOMBRE.– Melpómene me dijo que la tragedia, sí.
TALÍA.– Tiene razón, porque del patetismo a la tragedia, hay un sólo paso.
HOMBRE.– ¿Y eso que tiene que ver?
TALÍA.– Que alguien que quiera escribir teatro y no ser entendido por el público de su tiempo ya es patético.
HOMBRE.– Eso lo dice porque usted no es artista.
TALÍA.– Soy una musa, la puta cumbre de la cadena trófica de los artistas.

Silencio tenso.

HOMBRE.– Mejor me voy.

CLÍO.– Usted se queda. Si el mundo ha decidido ser melancólico e idiota, nosotras no debemos impedirlo.
TALÍA.– Dramaturgo incomprendido... ¡Hasta el coño! ¿Qué le ponemos?
CLÍO.– Pues lo de a todos ¿no? Un poquito de clásico desvirtuado, algo de carácter comercial latente y la sensación de originales y un par de premios inventados.
TALÍA.– Esto es como estar en un capítulo extra de navidad de Bob Esponja.
CLÍO.– Le ponemos un poco de Strindberg en el flequillo, y continuamos desde ahí ¿Te parece?
TALÍA.– Me parece. No le eches mucho. Acuérdate...
CLÍO.– Sí, sí. sí. Me acuerdo. "El completador".
HOMBRE.– ¿Qué le pasó?
TALÍA.– Demasiado Strindberg.
HOMBRE.– ¿Quién?

CLÍO.– Aquel de la foto.
HOMBRE.– Pero ese es... Oh, Dios mío. Todos esos son...
TALÍA.– Hechos aquí.
CLÍO.– Solo ponemos los regionales. Si no, no nos daría la pared.
HOMBRE.– Aquel es argentino. Le vi en aquello de la Abadía con las ramas y esas cosas.
CLÍO.– No es argentino. Es de Córdoba.
HOMBRE.– ¿Córdoba Argentina?
CLÍO.– Córdoba Andalucía, ya sabes, la de lejana y sola, la del salmorejo, el fartusco, el burraco y el bicheo; la de Séneca, la del duque de Rivas, la del Lagartijo y la de Maimónides. Córdoba.
TALÍA.– Explícaselo porque no se entera.
CLÍO.– Aquella semana habíamos hecho ya dos andaluces profundos: el de las piscinas publicas y el de los países fríos, y, claro, le propusimos argentino, para que diese... ya sabes, el chamullo.
HOMBRE.– ¿Y no le molestó?
CLÍO.– ¡Na! Con el acentillo se liga y da rollo profesor.
HOMBRE.– Ese no me suena.
TALÍA.– El vasco. Normal.
CLÍO.– Un proyecto fallido. Había nacido para ser tribuno de la plebe, y se acanalló perpetrando traducciones y haciendo versos.
HOMBRE.– ¿Poeta?
CLÍO.– Banquero. Un imbécil. Guapo a rabiar, pero imbécil.
TALÍA.– ¿Le ponemos algo de Lope?
CLÍO.– Venga. Un poco de "Arte Nuevo" en las patillas.
TALÍA.– Y unas mechas de Moliere.
CLÍO.– Te ha dicho que no quiere comedia.
TALÍA.– Unas mechas, nada más.
HOMBRE.– ¿Se me notará?
TALÍA.– Nada. Sólo un reflejo. Para no parecer imbécil.
CLÍO.– Ya sabes que si nos pasamos con la comedia acida, se vuelven un poco tarumbas.
TALÍA.– Ahora lo rebajamos con Meyerhold.
HOMBRE.– Me da ardores.
CLÍO.– ¿Meyerhold?
HOMBRE.– Desde pequeñito.
CLÍO.– Algo de regla le tenemos que poner.
TALÍA.– ¿Le pongo rimmel de Brook?

Clío.– Cuidado que ya sabes que es empalagoso.
Hombre.– ¿Tienen algo de Eurípides?
Talía.– Sólo en supositorios.
Clío.– Estamos adaptando los clásicos al consumo actual, pero de momento...
Hombre.– ¿Y aquellos quiénes son?
Clío.– Los de teatro comercial. ¿No los conoce?
Hombre.– Yo es que el teatro comercial...
Talía.– Ya, no siga.
Clío.– Esos otros son los que ganan premios y les publican, pero casi nunca les estrenan.
Hombre.– Ése me suena... Nino... neno...
Clío.– El perro sin collar. Como no ha tenido nunca dueño y escribe lo que quiere, pues no se fían.
Hombre.– ¿Es bueno?
Clío.– Sobre papel, sí. Ahora hay que conseguir que pongan una de sus obras más de diez veces seguidas.
Talía.– Pasa con algunos.
Hombre.– Es que hay que ser libre, pero hay que elegir bando.
Talía.– Ya. Eso ya lo he oído muchas veces.
Clío.– Publica esta semana en Primer Acto.
Hombre.– La compraré.
Clío.– Y léala también. [Señalando] Teatro público, teatro alternativo, off...
Hombre.– Un momento, un momento. ¿Juntos?
Clío.– Claro. Los del off quieren ir al alternativo.
Hombre.– ¿Por qué?
Clío.– Hay más de veinte butacas.
Hombre.– ¿Y el teatro público?
Clío.– ¿En serio te lo tengo que explicar? Porque va a sonar tipo abejitas y polen.
Hombre.– Ay, escuece el ojo...
Clío.– Mira que te lo he dicho.
Talía.– No pasa nada. Espere que le sople. Sólo es un poco de lógica...
Clío.– En el estante: Colirio de Calderón.
Talía.– Colirio de Calderón.
Hombre.– ¡No, verso no!
Clío.– En verso, todo entra mejor, no se mueva.

HOMBRE.– Ah, mejor.
TALÍA.– ¿Le has puesto *La vida es sueño*?
CLÍO.– La de la Portillo.
TALÍA.– Bien jugado.
HOMBRE.– ¿Qué hay del teatro contemporáneo?
CLÍO.– ¿Qué pasa con él?
HOMBRE.– No lo sé. ¿Qué pasa con él? No veo dramaturgia contemporánea.
CLÍO.– No hay dramaturgia contemporánea. Hay teatro contemporáneo, pero no hay dramaturgia contemporánea. Es como las vanguardias. No hay vanguardias.
HOMBRE.– ¿Y las mujeres? ¿Tampoco hay mujeres?
TALÍA.– ¿Dramaturgas?
HOMBRE.– Sí, claro.
CLÍO.– En esa caja.
HOMBRE.– Qué pequeña.
CLÍO.– Hay muchas.
HOMBRE.– Es una caja muy pequeña.
CLÍO.– Están apretadas.
HOMBRE.– Aun así.
TALÍA.– Querido, un día, esa caja que hicieron para ellas, no podrá soportar la presión y reventará, y habrá tantas y tantas dramaturgas estampadas contra la cara del público. Ya ha empezado.
HOMBRE.– No he notado nada.
TALÍA.– Es que las mujeres no suelen jugar a la revancha de la estupidez.
HOMBRE.– ¿Estupidez, de quién?
TALÍA.– En general.
HOMBRE.– ¿Y nosotros qué deberíamos hacer?
TALÍA.– Aguantar la respiración.
HOMBRE.– ¿Y por qué en una caja?
TALÍA.– Se vuelven invisibles. Están cansadas de escuchar todo el tiempo lo de "qué mona" "qué fea" "qué gorda" "qué joven" "qué vieja". Es un poco pesado.
HOMBRE.– A esa la conozco, que tiene nombre de continente, continente ella también; la Gürtel, Diosdado, ¿Esa otra no era monja? Hay muchas.
CLÍO.– ¿Ha leído a alguna?
HOMBRE.– No leo a mis contemporáneos.

Clío.– ¿No los lee?
Talía.– Leerá a los clásicos.
Hombre.– Me dijeron que lo mejor, era leer a gente que ya había leído a alguien que hubiera estudiado a los clásicos.
Talía.– Naturalmente que quiere ser dramaturgo. Lo lleva en la sangre.
Hombre.– ¿Eso es bueno?
Las dos.- No.
Hombre.– Aquella escribe siempre sobre animales. Es una tía muy rara. Para ser mujer, no escribe mal.
Clío.– Dame el Carmín.
Talía.– ¿Wilde?
Clío.– Kane.
Hombre.– ¿Ciudadano?
Clío.– Sarah.
Hombre.– ¿Sabe? Las niñas ya no quieren ser princesas. Ahora quieren ser la Lidell. Son todas iguales.
Talía.– ¿Y los niños?
Hombre.– Messiez, supongo. O Elejalde. Con cuerpo, voz profunda... ya sabe.
Talía.– ¿Nunca ha pensado lo penoso que es simplificarlo todo tanto? Madrid Barça y punto.
Hombre.– Usted para ser peluquera, critica mucho.
Clío.– Musa; un respeto.
Hombre.– Peluquera. Pasaaquí más hora, de peluquera, que de musa.
Clío.– No contestes a eso, Talía.
Talía.– Peluquera, y a mucha honra. Peluquera porque no quiero pertenecer a esa mierda a la que llamáis arte.
Hombre.– O sea que los demás, no hacemos arte.
Talía.– Los demás simplificáis, os dais palmaditas los unos a los otros. Vais olisqueándoos el recto. Los demás os vais de mejores, os creéis que maestros, que vuestro arte es la respuesta cuando el arte sólo puede ser la pregunta. Vosotros que vais de gala en gala, de premio en premio vanagloriándoos del éxito absurdo de estatuillas que os otorgáis los unos a los otros. Vosotros que queréis que el público no os entienda; vosotros que gritáis a los cuatro vientos que el público debe venir educado a la sala, que los críticos no deben criticar y que si el vulgo se ríe, será razón de que es imbécil. Vosotros que ni puta gracia tenéis; vosotros que lo podéis ser todo y que no sois nada porque...

CLÍO.– Ya es suficiente. Señor, ya casi está listo. Beba. De un trago.
HOMBRE.– ¿Está loca? No pienso tomar nada hecho aquí; a saber lo que lleva eso. Puede que vuelva cuando esté Melpómene. Espero que les vaya bien en su trabajo de peluqueras. Dejen el arte en manos de los profesionales. Buenos días.

Sale. Silencio.

CLÍO.– Allá va otro artista.
TALÍA.– Allá va.
CLÍO.– Siempre nos pasa lo mismo. ¿Crees que conseguiremos que alguien de este siglo se termine tomando el cuartillo de humildad?
TALÍA.– La esperanza.
CLÍO.– ¿Qué?
TALÍA.– La esperanza. Es lo último que se perdió.